

ESE CARLOS ES NUESTRO

Jean Meyer

Chaunu, Pierre y Michele Escamilla (2000), *Charles Quint*, París, Fayard, 874 pp.

Soisson, Jean Pierre (2000), *Charles Quint*, París, Grasset, 416 pp.

Georis, Michel (2000), *Charles Quint, un César catholique*, París, France-Empire, 278 pp.

De Habsbourg, Otto (2000), *Charles Quint, un empereur pour l'Europe*, Bruxelles, Racine (reedición), 288 pp.

Charles Quint. L'Empereur et son temps (sous la direction d' Hugo Soly, 2000), París, Actes Sud, 532 pp.

Carolus. Charles Quint (sous la direction d' Hugo Soly et Johan Van de Wiele, catálogo de la exposición de Gante, 2000), Bruxelles, Snoeck-Decaju, 368 pp.

Kohler, Alfred (2000), *Carlos V. Una biografía*. Madrid, Barcelona, Marcial Pons, 448 pp.

De mis tiempos de estudiante en la secundaria recuerdo cómo el profesor nos enseñaba que “en el reino de Carlos V jamás se ponía el sol” y también que se había coronado en la vecina ciudad de Arles, en nuestra Provenza, con lo cual nuestro chovinismo regional nos hacía más simpático a quien había derrotado al rey de Francia en Pavie (motivo de otra frase famosa: “todo se perdió, menos el honor”). Nos enseñó también que el poder de aquel monarca era más aparente que real. Nacido en 1500 en Gante, ese flamenco borgoñón que hablaba a Dios en castellano y en francés a los hombres, recibió a los 15 años el trono de España, y a los 30 la corona imperial. Su divisa “Plus Ultra” corresponde a la con-

quista de América y al momento de hegemonía española en Europa. Nunca lo han olvidado los literatos y los historiadores, pero el quinto centenario de su nacimiento ha movilizado tanto a los Estados como a las casas editoriales. Además de la figura trágica de quien vio rasgarse la túnica sin costuras de la Europa cristiana, de quien terminó su vida recluido en un monasterio, lo que fascina a nuestro tiempo es la dimensión europea de su imperio en el cual quieren reconocerse muchos europeos actuales.

Una vez más se nota la influencia del momento sobre la historiografía: los tiempos han cambiado y a la hora de la nueva Europa en gestación se olvidan los tradicionales clichés nacionales (España, Alemania, Francia, Bélgica) para escribir la historia europea de ese príncipe que acumuló sobre su cabeza tantas coronas y ejerció su soberanía sobre casi la mitad de la población europea.

Rey de los romanos y de las Españas, de Sicilia, Jerusalén, de las Islas Baleares, de Dalmacia y Croacia y de las Indias [...] archiduque de Austria, duque de Borgoña [por Carlos el Temerario cuya muerte bajo los muros de Nancy evocó Rilke de manera inolvidable], de Brabante, Stiria, Carintia, Carniola, Luxemburgo, Limburg, Atenas, Corinto y Patras [...]

En la obra colectiva *Charles Quint, l'empereur et son temps*, Peter Burke y Fernando Checa Cremades insisten sobre la conciencia que tuvieron los contemporáneos de esa

dimensión y el provecho que intentó sacar de aquélla la propaganda imperial. Panegíricos, biografías, homilias, estatuas, pinturas, metáforas celebran al “nuevo César”, Hércules, Alejandro, “fundator quietis”, “Ré del Mondo”. Los dos libros dirigidos por Hugo Soly plantean la cuestión de las bases ideológica y política del imperio carolino.

Wim Blockmans, Jeffrey Parker, Heinz Schilling, Pierre Chaunu, entre otros, han acabado con la leyenda nacionalista de un Michelet, quien veía en ese imperio “la resultante de veinte imperios rotos”, “la muerte de las naciones”. Hace cincuenta años o más que Lucien Febvre y Fernand Braudel habían señalado lo equivocado del diagnóstico y el anacronismo de una “centralización” despótica y eficiente.

En efecto, la disparidad institucional, la multiplicidad de las culturas, de las lenguas, de las confesiones, las diferencias entre los intereses económicos, regionales, nacionales no la permitían. Ahí está, por ejemplo, la famosa resistencia española que obligó al nuevo rey a tomar muchos compromisos: beneficios eclesiásticos y cargos administrativos reservados a los españoles, residencia en la península, reinversión de los impuestos. La “nación alemana” no fue menos tenaz en la defensa de sus intereses; así como los españoles se defendían contra el “alemán” o el “flamenco”, los alemanes denunciaban “la servidumbre española”.

Carlos bien pudo soñar, y muchos con él, en una monarquía universal y pacificadora, universalidad que podía ser centralis-

ta y mucho menos homogeneizadora; el imperio tenía que ser una torre de Babel y debía respetar los usos y costumbres. Nada de imponer una voluntad absolutista. Todo fue negociar, parlamentar, respetar, en Brabante y Flandes, las libertades y los privilegios urbanos. Hace tiempo que Pierre Chaunu señaló la superior, muy superior autoridad del rey de Francia o de Inglaterra sobre un territorio más pequeño y concentrado. Frente a esos reyes, el emperador es mucho más débil. ¿Cuánto tiempo pasó en resolver los inextricables conflictos surgidos entre los innumerables príncipes alemanes, conflictos agravados por la incipiente discordia religiosa? Sus recursos fiscales eran muy inferiores a los del poderoso rey de Francia, por la misma razón; tenía que negociar cada libra o escudo con los príncipes alemanes para poder pagar los ejércitos contra el turco amenazador.

Por eso dependía tanto de los banqueros prestamistas, a quienes enriqueció antes de llevarlos a la quiebra. Con todo y el oro y la plata de las Américas, Carlos Quinto fue un soberano pobre comparable al mercader de Venecia: la tasa de interés subió hasta el 40 por ciento. Braudel y Chaunu han subrayado cómo el emperador se agotó en su lucha cotidiana contra el espacio demasiado extendido del imperio. Como dijo en alguna ocasión el virrey de Nápoles: “me gustaría que la muerte llegara de España, porque no llegaría nunca”. En tales condiciones, la monarquía universal no podía ser más que un espejismo, un programa, quizá (perdonando el anacronismo) una ideolo-

gía. Por lo mismo nos puede parecer moderna, hasta futurista, lo que explica su interés renovado para los partidarios de una Europa fuerte en el siglo XXI. Carlos V, ¿cómo su padrino? ¿Por qué no? Sería otro hermoso anacronismo.

Lo que no es de nuestro tiempo, pero fue esencial en aquel entonces, es su voluntad de defender la unidad de la Cristiandad y, cuando todo compromiso se reveló imposible, la de defender a la Iglesia católica romana. Después de todo, la unidad religiosa era la única que ligaba a todas las provincias del imperio y se estaba perdiendo. Bernd Moeller y Heinz Schilling subrayan esa preocupación permanente y las dudas de un soberano profundamente cristiano, pero atrapado entre sus convicciones personales y las realidades políticas: lucha contra el turco aliado al francés, evangelización en América (Cortés, Almagro y Pizarro volvían a dar a Roma lo que le quitaban Lutero, Calvino y el rey Enrique), intentos de reconciliación entre católicos y protestantes, y el fracaso final que contribuyó al retiro en Yuste.

La exposición de Gante (Carolus) subraya la importancia y la modernidad de la propaganda imperial que recurría tanto a las artes como a la imprenta, y nos ayuda a liquidar los lugares comunes a favor y en contra del emperador. Pierre Chaunu y Michele Escamilla hacen lo mismo en su *Charles Quint*. De manera cierta, Chaunu se había preparado desde sus años mozos en el Archivo de Indias de Sevilla para darnos esas espléndidas páginas torrenciales y

barrocas. “Seville et l’Atlantique”, “L’Espagne de Charles Quint”, “Martin Luther” y ¿cuántos capítulos de tantos libros llevaban al alumno de Lucien Febvre y de Fernand Braudel a darnos ese texto?

Según Braudel la historia de Carlos Quinto “no puede ser sino la suma de las posibles explicaciones de su vida, de su obra y de su tiempo”. Es lo que hace Pierre Chaunu, quien lo ha leído todo, rumiado todo, asimilado todo, y nos da hoy su propia síntesis. Deja la biografía clásica a Michele Escamilla y se encarga del reinado para darnos una visión que merecería una larga reseña que le fuese exclusivamente dedicada. Quizá algún día... De Chaunu también es la conclusión general en la cual se manifiesta, en toda su generosidad, un temperamento que no tiene nada que pedir a Michelet.

La biografía de Alfred Kohler, publicada en alemán en 1999, en München, y enseguida traducida al español, es de una factura mucho más clásica, y no lo digo en tono crítico. Es una síntesis narrativa, resultado de 25 años de trabajo y de muchas publicaciones, Kohler (1942), profesor en la Universidad de Viena, nos dice que Carlos encajaba más con Castilla que con Gante. La consideración de los problemas históricos desde un punto de vista nacional es algo ya superado, precisa, sin embargo, el autor. Lo cierto es que pueden diferenciarse el dominio regional y la política europea, la dimensión local y la universal. “Mi biografía se propone afrontar las cuestiones y problemas de política general más impor-

tantes de la política imperial”: la Reforma y el conflicto con los estamentos imperiales, el conflicto con Francia, la defensa contra los turcos. Estos tres ámbitos políticos se condicionan en una estrecha interacción. Así, sólo zanjado el conflicto con Francia, pudo Carlos solucionar la cuestión religiosa. Derrotado ante Metz, ya no logró encontrar solución a los problemas religiosos (1552), lo que condujo a su renuncia y a la paz religiosa de Augsburgo (1555) con los príncipes protestantes.

Ese gran libro descansa sobre un conocimiento y un manejo excepcional de las fuentes. Ese “positivismo” de Kohler es loable. En 1990 publicó *Quellen zur Geschichte Karls V* (pero lamenta que sólo 4 mil piezas de las 120 mil de la correspondencia imperial hayan sido editadas) y le permite un texto novedoso en el fondo, si bien clásico en la agradable recuperación de la forma narrativa. Entre Chaunu y Kohler no podría escoger. Ambos, en un registro muy diferente, me han devuelto el gusto por leer. 

ESTE SIGLO FUE NUESTRO

Jean Meyer

Conquest, Robert (1999), *Reflections on a Ravished Century*, W.W. Norton, 336 pp.

Fejtő, Francois (2000), *Le passager du siècle*, Paris, Hachette, 374 pp.

Garton Ash, Timothy (2000), *Historia del presente* (traducido al español), Barcelona, Tusquets, 503 pp.

Hobsbawm, Eric (2000), *Entrevista sobre el siglo xx* (con Antonio Polito, prólogo de Joseph Fontana), Barcelona, Crítica, 224 pp.

Rémond, René (2000), *Regard sur le siècle*, Paris, Presses de Sciences po, 116 pp.

A principios de mayo del 2000 un congreso reunió en Valencia a 500 historiadores sobre el tema “El siglo xx: balance y perspectivas”. Ni modo, imposible escapar al calendario. Fue convocado bajo la doble premisa de que la caída del muro de Berlín ha disminuido la carga de prejuicios ideológicos y de que “es el siglo que más ha cambiado todo, y eso que a finales del siglo XIX se pensaba que ya estaba todo hecho” (Ramón Villares, presidente de la Asociación de Historia Contemporánea, organizadora del encuentro). En la última jornada del Congreso, el británico Michael Mann afirmó: “ha sido un mal siglo y la tendencia indica que el siglo XXI también podría ser muy sangriento”; hay que decir que hablaba en el marco de la sesión dedicada a los nacionalismos. Los libros aquí reseñados habrían cabido perfectamente en el programa del encuentro que hizo hincapié en los nuevos sujetos surgidos en el siglo,

como la mujer emancipada, las consecuencias de Auschwitz, la caída del muro, la sociedad de masas y los procesos democráticos, las nuevas tecnologías, los nacionalismos, la guerra civil española, la unificación alemana, el papel del historiador en el siglo XX.

El periodista e historiador británico Timothy Garton Ash hace nuestras delicias a lo largo del año en las páginas del *New York Review of Books*; ahora recopila sus textos sobre la última década europea y el resultado es un verdadero y buen libro, mucho más que una colección de textos sueltos y mal conectados. *Historia del presente* es la obra de un excelente historiador y de un gran periodista, para no decir (el inglés no es mi lengua materna) un gran escritor. A su propósito surgen los nombres de Conrad, Chadwick, Kaplan y con eso basta.

Desde Solidarnosc en Polonia hasta el regreso de Ibrahim Rugova en Kosovo, Garton Ash, el universitario, ha hecho trabajo de campo, se ha encontrado en primera fila, como testigo de los acontecimientos y acompañante de los actores. ¡Envidiable capacidad para moverse, hablar, escuchar y entender, antes de escribir! La introducción del libro es un brillante ensayo sobre periodismo y escritura de la historia, pero hay reflexiones no menos válidas sobre amnesia y amnistía (ahí la emprende contra nuestro querido Adam Michnick, partidario de la amnistía sin amnesia, pero sin memoria enfermiza), sobre los intelectuales y la política, sobre los hombres que no saben si hacen la historia que los afecta.

Robert Conquest, el gran historiador de la Unión Soviética, intitula la primera parte de sus *Reflections on a Ravaged Century*, “Mindslaughter”, neologismo sugerente; y la segunda, “Facting the Consequences”. El punto esencial es que ciertas ideas contribuyeron a decenas de millones de muertes innecesarias, “ideas que pretendían resolver todos los problemas pero que eran defectuosas o engañosas, devastaron mentes, movimientos y países enteros; parecían probables candidatos a la supremacía mundial”. En este libro Conquest no aporta material nuevo y sus argumentos están en sus libros anteriores, especialmente en su admirable *Harvest of Sorrow*, dedicado a la hambruna provocada por la política agraria soviética; pero es de notar su modestia y la falta de triunfalismo cuando los acontecimientos (y los archivos rusos abiertos después de dichos eventos) le dieron la razón a quien, durante muchos años, fue denunciado por varios de sus colegas como un maccartista, agente de la CIA obsesionado por la guerra fría. El capítulo “The Marxist Irruption: How and Why” da a entender el éxito del dogma marxista a partir de la idea interesante de que “tenía la ventaja doble de la sencillez y de la complejidad”; sencillez del mensaje social: una clase heredará la tierra para recuperar el paraíso; complejidad de una doctrina fascinante para los intelectuales, teólogos y exégetas.

Melancólicamente, Conquest anota la atracción que fascismo, nazismo y comunismo ejercieron sobre los mejores espíritus, y la capacidad de la izquierda para ce-

rar los ojos sobre los crímenes de Lenin, Stalin, Mao, etcétera. El idealismo es el punto común entre la extrema izquierda y la extrema derecha (lo que ha permitido el paso de la una a la otra) que ha anestesiado la sensibilidad ética y cultivado una peligrosa devoción a la Gran Idea como al Gran Timonel. Para Conquest, el héroe es George Orwell y el villano bien podría ser Eric Hobsbawm. Hace varios años, en una entrevista en la BBC, Michael Ignatieff, otro de mis autores consentidos, le preguntó a don Eric si sabiendo lo que hoy sabemos de la represión soviética de los años 30, de todos modos se hubiera afiliado al Partido Comunista, como lo hizo. Hobsbawm le contestó que sí, con toda probabilidad, “porque en una época en la cual se podría decir que el asesinato en masa y el sufrimiento masivo eran absolutamente universales, valía de todos modos la pena apoyar la posibilidad de que naciera un mundo nuevo en medio de tanto sufrimiento. Ahora, al mirar hacia atrás como historiador, diría que los sacrificios hechos por el pueblo ruso fueron probablemente útiles sólo de manera marginal”. Tremendo y valioso testimonio que confirma la desconfianza muy a la Burke (Edmund) de Conquest para las “grandes ideas”, y el diagnóstico hecho por Francois Furet en *El pasado de una ilusión* sobre el odio contra “el burgués” del romanticismo y del idealismo decimonónico como antecedente de nuestras enajenaciones en “ismos”.

Se le puede reprochar al libro de Conquest ser demasiado anecdótico —aunque

la anécdota puede ser demoledora— o disperso de manera epigramática, pero hay que reconocerle un tono muy especial, una generosidad poco frecuente en la academia. Este hombre es babeliano en el buen sentido, cosmopolita, la palabra que tanto molestaba a nazis y soviéticos; es poeta, según entiendo, y ha traducido a Pasternak (y a Lamartine tan injustamente olvidado), ha escrito sobre Stendhal y Arthur Rimbaud.

Eric Hobsbawm, después de publicar su *Historia del siglo XX* (el siglo corto que va de 1914 a 1991, es decir, de Sarajevo a la implosión de su querida URSS), revisa su pasado comunista y, como Conquest, reflexiona sobre el futuro en su conversación con Antonio Polito, elegantemente prologada por nuestro amigo Joseph Fontana.

Esta larga entrevista da a Hobsbawm la oportunidad de retomar temas tratados en caliente en su libro anterior; en ese sentido, ha dejado algo frustrado a Antonio Polito quien pretendía conseguir de él profecías, o por lo menos pronósticos, para el siglo XXI. De hecho la “entrevista” arroja más luz sobre el siglo XX que sobre el venidero. Mejor así. Antes de Hobsbawm y de Marc Bloch, la sabiduría popular ha dicho y repetido que hay que conocer el pasado para no repetir sus errores, pero que no existen las tales “lecciones de la Historia”. Entiéndalo quien pueda, pero así es: “El proceso de previsión del futuro debe basarse necesariamente en el conocimiento del pasado”. Elemental, mi querido Hobsbawm. El salto de ahí a las conjeturas sobre la globalización y el neoliberalismo y a

la explosión demográfica podría ser mortal; no lo es, pero tampoco es muy inspirado. Nuestro maestro es mejor cuando revisa lo que escribió en el libro anterior sobre la URSS; así, apunta que subestimó la desastrosa situación de la Unión Soviética antes de la caída del muro, lo que lo llevó a minimizar las consecuencias del derrumbe ulterior.

No se arrepiente de su militancia comunista, dándole así, de manera involuntaria, la razón a Conquest, y piensa no haber hecho declaraciones sobre la URSS de las cuales deba avergonzarse. En ese momento la plática se vuelve un poco confusa, lo que es más bien simpático: Hobsbawm reconoce que su militancia redujo su “inteligencia crítica” y que se metió a la historia del siglo XIX para no tener problemas con la historia contemporánea. “Hubiera tenido que escribir cosas difíciles para un comunista como yo sin que afectara a mi militancia sin herir la sensibilidad de mis compañeros.” Uno de los tantos intelectuales comunistas que tuvieron por divisa: “Right or wrong, my party, my country, my church”. Queda corta la reflexión, sin embargo la confesión es digna, como cuando explica por qué se quedó en el PC inglés después de la expulsión de E.P. Thompson y de varios historiadores, a la hora de la Revolución Húngara. Invoca el miedo a ser acusado de “anticomunismo”, tan bien analizado por Furet, y también el recuerdo de los compañeros caídos en la lucha contra Hitler (el antifascismo también magistralmente señalado por Furet).

La melancolía del lector se disipa para dejar lugar a la crítica cuando Hobsbawm se manifiesta tercamente reacio a revisar su opinión sobre la revolución bolchevique y los frutos del soviétismo; después de una concesión formal sobre las “barbaridades” cometidas, vuelve a afirmar que “el comunismo es algo mucho más grande que la historia de los países atrasados” donde se realizó. La autocrítica del militante historiador se resume así: “Lo máximo que puede decirse de nosotros es que en algunos momentos supimos o intuimos cosas que nos llamamos” (“para no desesperanzar a Billancourt”, la ciudadela obrera comunista, añadía Sartre).

El libro de Francois Fejtő tiene otra dimensión y es una lección de valor y de lucidez. Como Hobsbawm, Fejtő tiene raíces centroeuropeas y judías, y como él también fue lanzado al mundo exterior por una historia cruel hecha de guerras mundiales, nazismo y comunismo. No fue comunista sino socialdemócrata, lo que hace toda la diferencia. Durante la segunda guerra mundial luchó en las filas de la resistencia en Francia. En 1955 tomó la nacionalidad francesa. Entre sus numerosos libros destacan: su biografía de Heine (1946), su *Historia de las democracias populares* (primera edición 1952), su biografía de José II (*Un Habsburgo revolucionario*, 1954), *La tragedia húngara* (1956), *Réquiem para un imperio difunto* (1988), *Húngaros y Judíos: una singular pareja* (1997). A los 90 años nos da *El pasajero del siglo*, con la complicidad amigable

de Mauricio Serra, historiador y diplomático italiano.

Para él, como para muchos, la guerra de 1914-1918 fue la matriz de todos los desastres, de donde brotaron armados, como tantos hijos del dragón, comunismo, fascismo y nacionalsocialismo. El suicidio de Europa en agosto de 1914 fue el inicio del asalto a la razón. Fejtő, nostálgico del imperio de Franz Joseph al igual que Joseph Roth (el de *Radetzky* y de *Kapuzinergruft*), denuncia los tratados de Versalles, “uno de los errores más monstruosos de la historia europea”. Evidentemente ese húngaro, hijo de un padre judío de Bohemia y de una madre croata lamenta (desde 1948 por lo menos) la “desastrosa destrucción” del Estado multinacional austrohúngaro. A lo largo del siglo, el vacío abierto en el corazón de Europa por la desaparición de la doble (iba a ser triple) monarquía ha generado crisis y tormentas desde Ucrania hasta los Balcanes.

La segunda obsesión de Fejtő es el comunismo que conoce muy bien: pasó un año en la cárcel, en 1932, por haber organizado en la universidad un círculo de estudios marxistas. Al año siguiente entró al partido socialdemócrata. Agregado de prensa en París del gobierno de Hungría, flamante “democracia popular”, se volvió refugiado político en 1949; cuando Laszlo Rajk fue condenado a muerte por “alta traición”, rompió con el régimen, publicando una vehemente denuncia en la revista *Esprit*. Satanizado por la *intelligentsia* de izquierda en Francia y en toda Europa, manifestó su fuerza de carácter, resistiendo tanto a la pre-

sión del conformismo pro estaliniano de la Francia de entonces, como a la tentación de un anticomunismo reaccionario. Escribió, como se lo sugirió Emmanuel Mounier poco antes de morir, su espléndida *Histoire des Démocraties Populaires* (Paris, le Seuil, 1952). Ese modelo de clarividencia política y de historia muy actual ha sido constantemente ampliado y reeditado (HDP: *L'ère de Staline 1945-1952* [1969]; HDP: *Après Staline 1953-1968* [1969], *La Fin des Démocraties Populaires* [1992]).

Faltaría, para ser justo con ese hermoso libro, mencionar el diálogo permanente que mantiene aquel judío, educado por una madre adoptiva cristiana, bautizado en la Iglesia católica, tanto con el judaísmo como con el cristianismo. Se reclama del judeo-cristianismo y punto; se dice judío como cierto cardenal y piensa que una de las pruebas de la existencia de Dios se encuentra en la sublime creatividad de la fe hasta cuando desvía sus vías reales.

El testimonio personal de René Rémond puede ser invocado por el abogado de la defensa del siglo xx. Católico, historiador, universitario, René Rémond ofrece una visión optimista, sustentada en una cultura política e histórica muy sólida. Subraya lo positivo de un progreso científico sin par, de la prolongación sin precedente de la esperanza de vida de todos los hombres, del mejoramiento indiscutible de las condiciones de vida y de trabajo, hasta en la desgraciada África. Es cierto que el mundo en su conjunto ha caminado hacia delante. El derrumbe de las dictaduras de

derecha y de izquierda, aun cuando no esté completo, es un acontecimiento mayor, así como el hecho de que la democracia, tan desprestigiada hace cincuenta años, sea ahora un modelo universalmente pregonado —en teoría por lo menos.

Al final, este siglo puso los derechos del hombre —y de la mujer— encima de la soberanía nacional; inventó el “derecho de ingerencia”; cimentó las bases de una futura justicia internacional al servicio de los “principios de la moral universal”. ¿Por qué, se pregunta René Rémond, tanto pesimismo entre sus colegas que miran, como él, sobre aquel siglo? En parte porque el siglo ha despertado expectativas demasiado grandes, en parte porque ha visto apagarse los delirios ideológicos portadores de grandes y utópicas esperanzas. ¿Cómo refugiarse en esas religiones seculares, en esos ismos que engendraron tantos horrores? La ciencia asusta en su aceleración que podría llevarnos a un temible mundo de alfas y betas manipulados genéticamente; la religión o bien parece retroceder o se encierra en un integrista conservador. Finalmente, sabemos demasiado sin habernos vuelto “como Dios”, podemos conocer todo nuestro pasado y también todo lo que ocurre a cada instante en Kosovo, Timor o las Molucas. Sin embargo, el autor, más como cristiano que como historiador, mantiene su confianza en el hombre. A lo que Fejtö le preguntaría: si es cierto, según el Maestro Eckhart, que de Dios recibimos todo lo que tenemos, ¿de quién nos viene la envidia, el celo, el rencor, el gusto por el mal? 

OBRAS SELECTAS DE GEORGES DUBY

Clara García Ayluardo

Duby, George (2000), *Obras selectas* [presentación y compilación de Beatriz Rojas], México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia.

En las *Obras selectas de Georges Duby*, Beatriz Rojas nos presenta una antología representativa de los trabajos de uno de los historiadores más significativos del siglo xx (1919-1996). Significativo por partida doble, porque vivió gran parte del siglo y fue testigo de años trágicos y violentos, pero también de grandes avances tecnológicos, y porque abrió nuevas y trascendentes corrientes en la historiografía de Europa que a su vez tuvieron un peso importante en la historiografía de América Latina, y de México en particular. La compiladora divide el libro en veinte capítulos que tocan los temas centrales de la obra de Duby y que contemplan desde el placer de hacer historia, las vidas de los hombres y mujeres del medioevo, la historia del feudalismo, del campo francés, de las estructuras judiciales, de la vida rural, hasta la historia de las mujeres, del matrimonio y del poder, por mencionar sólo unos cuantos. Esta antología, por tanto y a mi modo de ver no es sólo el retrato en palabras de un hombre, de un historiador y su trayectoria intelectual sino es también un espejo de la misma historia. Como nos dice Duby, ¿para qué escribir la historia si no se hace para ayudar a nues-

tros contemporáneos a confiar en el porvenir y a encarar mejor armados las dificultades que encuentran día a día? El historiador, por lo tanto, tiene el deber de no encerrarse en el pasado y reflexionar asiduamente sobre los problemas de su tiempo... La lectura de este libro y la reflexión a la que incita hace que nos preguntemos, entonces, ¿qué es la historia?

Los historiadores fundamentalmente reconstruyen un pasado desconocido; lo (re)crean por medio de la investigación de datos rigurosos en archivos, bibliotecas y pinacotecas, pero complementado con la imaginación, las presuposiciones, preocupaciones y ambiciones. El hacer historia es un trabajo humano, parecido en sus placeres y en sus conflictos a las otras actividades humanas.

El historiador profesional contemporáneo se ha convertido en un especialista, poco preparado para enfrentarse a las crecientes demandas de la sociedad en general y no sólo del público académico. El historiador sabe que el hombre y la mujer de Occidente han llegado a creer que el conocimiento del pasado ayuda a descubrir el sentido de la experiencia humana y que el recuerdo del pasado puede afirmar la necesidad de informar nuestra visión en la lucha del presente. El historiador infiere que el hombre se conoce a sí mismo a través de la historia y no sólo a través de la introspección personal. Sin embargo, el historiador profesional se muestra aprehensivo frente a estas cargas porque, aun protegido por la supuesta veracidad de sus fuentes, siente

el llamado de la sociedad que lo anima a ser una suerte de predicador y se pregunta entonces cuáles son sus responsabilidades. Duby estaba muy consciente de este equilibrio entre la investigación y la reflexión, la historia crítica y el evangelio de la historia de la humanidad.

Duby desarrolla la profesión de la historia, amplía sus fronteras, promueve una historia incluyente, con una mayor preocupación por los aspectos más profundos y serios de la experiencia humana. Mientras la sociedad busque el conocimiento del pasado, el historiador debe aceptar su responsabilidad hacia la sociedad sin violar su responsabilidad hacia éste. Pero el pasado es una conceptualización individual. Para Duby, las representaciones ideológicas se acercan más a la verdad, ofrecen un panorama más completo y, en este sentido, compara la labor del historiador con la del lingüista o del etnólogo, porque estaba consciente de que ni escogía ni desarrollaba sus fuentes ni las interpretaba libremente. Más aún, los resultados de sus investigaciones las determinaba una codificación de la cual no estaba plenamente consciente. Por eso Duby insistía en que se debía observar al historiador mismo, entender sus creencias y su manera de hacer la historia y evaluar la importancia de sus conceptos en el desarrollo del humano y de las ciencias humanas. Se necesita hacer la historia del historiador.

La historia no tiene ni un método ni una verdad. Es una disciplina demasiado difícil, demasiado compleja; no se puede apren-

der con facilidad. Las técnicas de la investigación histórica, como la paleografía y la interpretación de las fuentes, pueden aprenderse como herramientas profesionales, pero el arte de la historia, la forma de combinar hechos individuales en un todo veraz, persuasivo y representativo involucran tanto al individuo como a los tiempos históricos, e imponen la variedad y el cambio en la escritura histórica. Si la historia varía, como varía la vida y el espíritu de las épocas, entonces Duby es la historia. En el último análisis, lo que da forma a una historia en particular es el concepto que tiene el historiador del pasado, aunque no haya sido formulado por él. Estas concepciones formadas por la tradición y la personalidad, gobiernan la escritura histórica. Y así, sin haber aprendido las lecciones de la historia, los historiadores son nuestros profesores.

A lo largo del siglo XIX, la historia se conformó como un campo independiente del saber. Rompió sus lazos con la filosofía y la literatura, y declaró su intención de reconstruir el pasado “tal y como fue”. La historia dejaría de jugar el papel de juez y de filósofo, que había sido una de sus finalidades en los siglos anteriores. A la larga, sin embargo, se comenzó a creer que la historia podía lograr la exactitud que se le exigía. Se le aplicó el método crítico a las fuentes recién revaloradas y compiladas, y los historiadores reconstruyeron amplios segmentos del pasado. Su gran logro fue la reconstrucción histórica de la Edad Media, el periodo formativo de Europa. La historia ya era una ciencia con la misma objeti-

vidad y capacidad para descubrir leyes universales del desarrollo humano, comparables a las de las ciencias naturales. Se formaron asociaciones y revistas científicas, y la historia se dividió en pequeños segmentos del saber reservados a los ultraspecialistas y a las universidades. El pensamiento histórico se volvió cada vez más estrecho y acotado, y su interpretación más rigurosa. Al mismo tiempo, los vínculos estrechos entre los historiadores y la sociedad se desdibujaron. La sociedad y la cultura son constantes en la obra de Duby, quien nos ofrece un involucramiento intelectual junto con su gran erudición. Se involucra psicológicamente con el pasado —de allí su atractivo. Su labor de historiador es altamente individual, una actividad psicológicamente compleja para reinterpretar el pasado.

En las primeras décadas del siglo XX, la historia de las ideas, de la cultura y del arte comenzaron a desarrollarse, y Duby fue uno de los más brillantes, sugestivos y versátiles exponentes de esta nueva forma de ver la historia. La resistencia a abandonar la historia especializada, sobre todo la de los grandes acontecimientos políticos y militares, la historia de las instituciones de Estado y la historia nacional, es grande. Esta miopía histórica niega los problemas básicos, la definición y el sentido mismo de la historia. Duby invita constantemente a elaborar una historia compleja, problematizada y de conjunto, y dice que para darse ánimos todos los historiadores se las ingenian para trazar la curva de precios y salarios, calcular los porcentajes, medir con nú-

meros lo que a la gente de antaño no se le ocurriría medir, y se apresuran a introducir en máquinas sofisticadas datos contables incompletos, difícilmente verificables. En muchos casos los historiadores de la economía medieval han aplicado al pasado nociones económicas basadas en el presente, que son deformantes.

Se privilegió las actividades comerciales y la circulación del dinero, pero los sentimientos de los individuos y los grupos, así como su conducta, no son determinados por la condición económica sino por la imagen de esa realidad. Los fenómenos sociales no pueden reducirse a una prolongación de lo económico; su problemática es más rica y compleja. Esta fascinación por lo cuantificable fue fecunda e impulsó la investigación histórica para renovarse, contribuyó mucho a la comprensión del pasado, sobre todo el más reciente, aunque también el más remoto. Pero ese aparato se volvió rígido e insensible. Duby propone reconstituirlo y devolverle su flexibilidad y ligereza, su capacidad estimulante, y se pregunta: ¿cómo intervinieron en la historia de las relaciones sociales aquellos factores que, sin tener menos realidad que los factores tecnológicos, monetarios, climáticos, demográficos, no se dejan capturar, palpar, observar y no tienen que ver con lo material sino con lo mental, con la idea, con el sueño, con el fantasma?

En todo caso este contacto con los psicólogos permite a la historia de las actitudes mentales y de los comportamientos ampliar singularmente el campo de su ob-

servación: la incita a plantearse otras preguntas, a seguir pistas nuevas. Ya no puede contentarse con el concepto demasiado simple de la “conciencia colectiva”, porque la psicología social muestra que lo importante es el diálogo entre yo y otro, la relación entre psiquismo individual y ambiente social, la acción que ejercen sobre la formación de las personalidades los marcos de actividad mental propuestos por el grupo a todos los individuos que los componen. Esto permite entrever menos confusamente cómo son las respuestas individuales, que por su lado modifican el medio cultural.

La historia es variada y diversa, y el historiador se revitaliza renovando sus enfoques y sus temas.

Junto con otros historiadores de la escuela de los Annales, Duby renovó nuestra idea del pasado privilegiando el papel del recuerdo en la historia. Por esto indagó sobre la vida cotidiana, las emociones privadas, la vinculación entre las modificaciones tecnológicas y la sensibilidad de los hombres y las mujeres comunes. Se traza la historia de las actividades mentales de los hombres y de las mujeres, de sus creencias y gustos, de su imagen del mundo formada por la cultura material, climática y psicológica. Examina la vida dentro de la privacidad del hogar, el ritual, la enfermedad y la muerte. En fin, ofrece los ritmos y las cadencias del mundo medieval.

De esta manera, Duby se acerca a una época en la que casi no se produjeron evidencias escritas. Gracias a su imaginación histórica, logra presentar varios temas de la

Edad Media. Se basa en una envidiable erudición que indaga la historia de la geografía, el clima, la arqueología urbana y rural e incorpora los avances de otras disciplinas como la medicina, la nutrición y la psicología. Duby, esclarece los conflictos entre la latinidad cristiana y la organización familiar. Recurre a fuentes escritas y a otras como el territorio, la arquitectura y las expresiones plásticas, traza el desarrollo del campo y el crecimiento de las grandes obras monásticas (cistercienses), de las catedrales y las ciudades dentro de una Europa parcialmente cristiana y anárquica. Por medio del medioevo nos demuestra que la importancia de un evento se debe medir no tanto por sus consecuencias directas sino por su valor simbólico como indicador de cambio o como portento de situaciones venideras. Nos enseña que frecuentemente los eventos significativos son los más ocultos, y las palabras más importantes las expresadas por personas desconocidas o retiradas del mundo. La estabilización de las fronteras de Europa, la lenta recuperación del orden político, la aceleración de la actividad económica no sólo revirtieron silenciosamente las tendencias previas sino que fueron las condiciones que hicieron posible cambios aún menos evidentes, pero importantes en sus conceptos, pensamiento y sentimientos, y en la dirección que tomaría la sociedad en los ámbitos espirituales y seculares. El poner en evidencia el silencio de los cambios dramáticos de la historia es lo más importante de la obra de Duby. Constantemente nos recuerda estos cam-

bios ocurridos a lo largo de los siglos medievales. Por ejemplo, el lento surgir de una aristocracia caballeresca, que marcaría el tono social de Europa por cientos de años, no es producto de algún evento contundente. La morfología económica de Europa y su posición en el mundo se transformó durante el periodo, pero esta silenciosa revolución no fue el resultado de grandes descubrimientos ni de invenciones. Duby nos deja ver los patrones que tomaron la monarquía, la Iglesia y la aristocracia en sus múltiples manifestaciones a través de las leyes y los juzgados, de sus monasterios y de sus catedrales. Los resultados y sus legados siguen palpables.

Duby ha capturado el sentido de la historia, de su historia. Junto con el arte, la historia es la que más se aproxima a un sentido de la vida. La historia es expresión tangible del deseo humano por conocer su pasado, el misterio de los orígenes. La historia nace de una preocupación viva, tiene que ver con la vida y sirve a la vida. Pero una disciplina tan cercana a la vida no puede permanecer inmóvil, cambia con el tiempo, como los temas y los enfoques de Duby. Si el método del historiador le permitiera capturar el pasado en su totalidad, entonces la conexión entre la historia y la vida sería más débil, y el historiador sería solamente un técnico supremo más allá de la historia y no parte de ella. Duby a lo largo de la historia se representa a sí mismo y le da a la historia un toque humano. Tiene un conocimiento de sí mismo y es crítico, pero siempre seguro, con la certeza de que la for-

ma con que se contempla el pasado y la manera con que se percibe el presente están vinculados; cada una de estas visiones es una forma distinta de los mismos hábitos y formas de pensamiento. Existe una correspondencia entre el pasado y el presente, y simpatía entre ambos. El historiador no puede recuperar la vida del pasado, pero el más audaz reconstruye lo individual de la historia y al hacerlo se retrata a sí mismo. Este elemento afectivo es una condición esencial de su trabajo. Aceptar el papel inexorable del yo y rechazar la noción científica de que los historiadores pueden ser testigos pasivos del pasado no le quita responsabilidades al historiador sino que por el contrario, las profundiza. Después de todo, las cualidades que requiere el historiador para ejercer su labor, la historia, son las que requiere para la vida.

El historiador debe tener un sentido de la complejidad de la vida humana, la certeza de que esta complejidad es comprensible. La obra de Duby tiene el valor de profundizar nuestra visión de la complejidad de las acciones humanas, más que ofrecer alguna gran teoría de los eventos o procesos históricos. Lo logra sin hacer que la humanidad aparezca pequeña ante la historia. A Duby se le puede otorgar la categoría de gran historiador por esta razón y porque es sugestivo a sabiendas que la complejidad de la historia es en sí una expresión de la grandeza y la enorme variedad humana. Finalmente, hace uso de su propia mente y temperamento, utiliza su sensibilidad, su conciencia de sí mismo y de los otros.

Duby también es historiador por el placer de serlo y nos comunica el gusto y la empatía que siente por los tiempos pasados. Comparte la aventura intelectual buscando pistas y fuentes, armando el rompecabezas de lo problemático y de la razón de una época. Demuestra una gran obligación intelectual e invoca el placer de los contrarios, de las paradojas, de la obligación y del placer. Al reflexionar sobre el oficio del historiador, Duby se pregunta si existe alguna sociedad que no entregue de ella misma otras formas que no sean las de un sueño, las del sueño propio de los hombres que la constituyen y las del sueño propio de los hombres que la observan. Hay modificaciones a lo largo del tiempo, pero éstas ¿se dan dentro del cuerpo social o en la idea que se hace el historiador de sí mismo?

Todo esto fue Duby. Lo logra comunicar y dejar como su legado, legado que hoy retoma Beatriz. Este aspecto comunicativo es el que sabe resaltar. Duby también fue académico, tuvo un seminario en donde compartió e intercambió ideas; dirigió y compiló obras colectivas como la *Historia de las mujeres en Occidente* y la *Historia de la vida privada*. Fue gran comunicador a través de los medios masivos, llevando así la historia al gran público. De esta manera, la compiladora nos ofrece una proximidad con el escritor y nos hace sentir como si estuviéramos en contacto directo con él, como historiador y como ser humano lejano y a la vez cercano. Al hacerlo, Beatriz Rojas también nos acerca a una historiografía distinta a la nuestra enriqueciendo el contacto que siem-

pre ha estado presente entre las instituciones docentes y de investigación, entre la historiografía mexicana, la academia y la historiografía francesas, evidentes desde hace por lo menos 35 años. La compiladora asume el reto de hacer la historia del historiador, nos lleva por los senderos de su trayectoria, de sus conceptos y dudas, que pone a disposición del lector especializado, pero también del público no especialista. Acertada empresa que, más que nada, aporta esta antología como una fuente básica de conocimiento y de consulta fácil para los estudiantes. Aplaudo este tipo de empresa y hago votos para que se editen más manuales de igual corte que sirvan como testimonio de los grandes historiadores y de las grandes corrientes, y que permitan llevarlas a las aulas y a las casas. Finalmente, el quehacer histórico es una experiencia libertadora porque desvanece los contextos del tiempo y el espacio, nutre la imaginación y el sentimiento. Así, quizá la historia se convierte verdaderamente en una historia de la libertad. 

SUEÑO NACIONAL, PESADILLA NACIONALISTA

Julio Ríos

Antonio Elorza (coord.), *La historia de ETA*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2000, pp. 447.

La historia de ETA es inseparable de la historia de la construcción fallida de la nación española. A diferencia de sus vecinos

europeos, los habitantes del territorio español no forman una “comunidad imaginada” homogénea, sino fragmentada: la sequestrada primera república española no tuvo tiempo de “forjar patria”, y el régimen autoritario de Francisco Franco propició las diferencias antes que las semejanzas. La joven democracia española tiene la tarea no sólo de administrar la lucha y el ejercicio del poder, sino la de mantener unida a España. En esta colosal tarea tiene un enemigo a vencer: ETA.

Euskadi Ta Askatasuna (ETA): “Patria (vasca) y libertad”. La lengua vasca es compleja, su sonoridad tiene ecos de antigüedad y, por lo mismo, causa una cierta fascinación; la misma, quizá, que sienten los jóvenes al ingresar en la organización terrorista, impenetrable y mítica, que ha encontrado en dicha lengua el sustituto de la raza sustento de su nacionalismo. Pero, ¿qué es ETA? ¿Qué busca y qué (o a quiénes) representa?

La magnitud de estas preguntas impone la necesidad de un trabajo de varios especialistas. El libro coordinado por Antonio Elorza, catedrático de ciencia política en la Universidad Complutense, nos ofrece una visión que abarca desde los orígenes históricos del nacionalismo y “carácter guerrero” vascos, hasta el enfrentamiento de ETA con la democracia española. El amplio panorama del libro es al mismo tiempo su fuerza y su debilidad: después de varios cientos de páginas el lector queda abrumado por una gran cantidad de información y algunas tímidas explicaciones de un fenó-

meno que, seguramente, tardará bastante en ser cabalmente comprendido.

Según Elorza, el nacionalismo vasco anterior a ETA emerge por la llegada del capitalismo industrial, y la concomitante modernización política, a un País Vasco donde reinaba un “armonioso” y antiguo orden rural. Este nacionalismo, organizado en torno al Partido Nacionalista Vasco (PNV), fue exiliado a raíz de la derrota de la república en la guerra civil y se quedó esperando en vano el derrocamiento del régimen de Franco por las potencias aliadas. Para fines de los cincuenta, la falta de acción de los viejos nacionalistas resultaba insoportable para la nueva generación que decidió poner manos a la obra y luchar por la liberación de la patria vasca frente a la “ocupación española”.

La represión del régimen de Franco vino a dar sustento a la idea de esta “ocupación”, idea acuñada por el nacionalista vasco Sabino Arana. Según Gurutz Jáuregui, estos dos elementos: nacionalismo sabiniano y franquismo, explican el nacimiento y posterior evolución de ETA (Elorza: 171). Pero ¿cómo se entiende su temprano éxito y su popularidad inicial? Para 1968, los jóvenes que diez años antes crearon ETA habían logrado conjuntar en torno suyo a la casi totalidad del movimiento antifranquista, llegando incluso a recibir el apoyo internacional en el famoso juicio de Burgos de 1970.

Pero, sin duda, fue a partir de 1973, con el asesinato del almirante Luis Carrero Blanco, crimen perfecto que valió una película: *Operación Ogro* (estelarizada por Jan

Maria Volonte), que ETA logra consolidarse como organización terrorista eficaz y popular. La segunda de estas características declinará —nunca por completo— después de la transición española a la democracia en 1977; la primera, tristemente, acompaña todavía a ETA.

Si bien desde principios de los setenta la evolución ideológica de ETA ha sido nula (*ibid.*: 260), esa fecha marca el afianzamiento del principio de “activismo” y de las técnicas terroristas para lograr el apoyo de un público cautivo aunque no cautivado: sólo una parte de la población vasca ha sido seducida por el ideal de independencia que enarbola ETA, los demás han vivido aterrizados por instrumentos tales como el “impuesto revolucionario” o el aislamiento al que conducen las acusaciones de “españolismo”.

El recurso a la violencia, signo distintivo del nacionalismo de ETA, deja perplejo al lector. Los autores del libro se inclinan por las explicaciones históricas: de la participación de los vascos en las guerras carlistas surge la disponibilidad del campesinado vasco para la violencia, que es después estructurada en términos ideológicos por Sabino Arana (Elorza: 22); o por las explicaciones psicológicas: el “ser guerrero” se encuentra en el imaginario colectivo de los vascos y es sacado a flote por la “cultura de violencia” que ha creado ETA (Jáuregui: 267-224).

La respuesta a ¿por qué, veinticinco años después de la muerte de Franco, la violencia mantiene profundas raíces en el

seno de la sociedad vasca? ha de buscarse no en la teoría política, dice Gurutz Jáuregui, sino en la psicología social o en la antropología simbólica (p. 267). La cuestión es ciertamente compleja. Sin embargo, podemos avanzar un poco si comparamos el nacionalismo catalán con el vasco. Ambos son producto de la construcción fallida del Estado-nación español y también comparten aquello que dio origen a ETA, según Jáuregui: ideólogos nacionalistas y represión franquista. No obstante, uno es violento y el otro democrático, ¿por qué?

En un artículo reciente, el politólogo de la Universidad de Stanford, David Laitin,¹ hace este ejercicio. Su respuesta es interesante. En primer lugar, en el País Vasco existe una estructura social rural más densa que en Cataluña (estrato social más propenso a la violencia y donde la socialización grupal es mayor). En segundo lugar, en el País Vasco los costos de integrarse a la sociedad nacionalista son mayores que en Cataluña (el lenguaje es mucho más complicado) y por tanto se requiere de un mecanismo que impulse a la sociedad para que apoye la causa (en este caso el terrorismo aumenta los costos de *no* apoyar la causa nacionalista). Además de estas dos condiciones, el azar también juega su papel: si se tiene éxito en los primeros atentados se crean incentivos para seguir por esa vía de la cual, una vez que se entra, es cada vez más difícil salir. A diferencia de ETA, las organizaciones terroristas catalanas no llevaron a cabo ninguna *Operación Ogro* (Laitin: 12-16).

Si la relación entre nacionalismo y violencia es un tema de primera importancia en el libro coordinado por Antonio Elorza, no lo son menos las reflexiones que suscita dicho libro en el lector convencido de que la democracia es el menos malo de los regímenes políticos conocidos. El Estado democrático es, a primera vista, débil para combatir una organización que rompe cínicamente con las reglas establecidas. Para combatirla y vencerla a corto plazo, el Estado debe recurrir a estrategias semejantes a las de su contrincante. Pero ahí tenemos el caso de Felipe González y los GAL: el Estado democrático no puede atacar a su enemigo minando su fuente de legitimidad, el cumplimiento de las leyes y la observancia de los derechos humanos, porque termina resultando contraproducente.

Puestas así las cosas, la batalla parece perdida de antemano y no es difícil desencantarse de las capacidades del Estado democrático para combatir terrorismo, guerrilla, narcotráfico. Pero, como se muestra en el caso de ETA, la inteligencia jurídica y la cooperación entre países es una vía alternativa con grandes posibilidades de éxito. En España, el juez Baltasar Garzón marcó una nueva etapa en la lucha contra el terrorismo de ETA al ofrecer a los presos de esta organización los mismos beneficios que a los presos comunes y más: la posibilidad de reintegrarse a la sociedad. El resultado fue virtuoso: se rompió la solidaridad entre

¹ David Laitin, "National Revivals and Violence", *Archives Européennes de Sociologie*, primavera, 1995.

los presos de ETA (grupo de presión efectivo para la organización) y muchos de ellos se reintegraron a la sociedad.

Por otro lado, el trabajo con Francia en contra de ETA, a partir de 1983, ha sido fructífera: valiosa información, armas y dinero han sido confiscados además de los varios líderes que han caído presos por la cooperación estratégica de las policías española y francesa. Así, cooperación entre países e inteligencia jurídica son armas letales con-

tra la ilegalidad y el terrorismo de ETA. Armas que no debilitan la legitimidad del Estado democrático sino todo lo contrario.

Historia completa y documentada de la organización que los últimos 25 años ha tenido atemorizada a la sociedad española, y de manera especial a la vasca, el libro coordinado por Antonio Elorza constituye una de las más importantes aportaciones en el frente teórico de la lucha antiterrorista. Sueño nacionalista, pesadilla nacional. 